

SOFOCLES EDIPO REY

EDIPO.- Hijos míos, vástagos recientes del antiguo Cadmo, ¿por qué esta actitud, aquí sentados, como suplicantes coronados por ramos de olivo¹?... A todo esto, la ciudad está llena de incienso, hasta rebosar de peanes y lamentos. Y yo, hijos, al que todos llaman el ilustre Edipo, no he tenido por justo enterarme de boca de mensajeros y he venido aquí en persona.

(Al sacerdote). Venga, anciano, habla, que te cuadra a ti tomar la palabra en representación de estos jóvenes:

10 ¿con qué finalidad estáis aquí sentados?

¿Por temor, o acaso para hacer algún ruego? Mi voluntad es, decididamente, socorreros: sería en verdad bien despiadado si no me apenara esta actitud vuestra.

SACERDOTE.- Ya ves, Edipo, señor soberano de mi tierra, qué edad tenemos los que estamos junto a tus altares: ellos, un puñado escogido de jóvenes sin 70 fuerza todavía para volar muy lejos; otros, torpes por la vejez, como sacerdotes –yo lo soy de Zeus- y otros, escogidos entre los aún jóvenes. El resto del pueblo con sus ramos permanece sentado en las plazas en actitud de súplica, ante los dos templos de Palas²

20 o cerca de la ceniza profética de Ismeno³. Porque la ciudad, como tú mismo sabes, está ya demasiado sumida en la agitación y no puede levantar aliviada la cabeza ante la avalancha de muertes: se consume en la tierra, en los frutos de los cálices; se consume en los rebaños de bueyes que pastan y en los hijos que no llegan a nacer de las mujeres. Se ha abatido contra la ciudad, la acosa, un dios armado de fuego, la peste, el 80 más cruel enemigo; por él se vacía la casa de Cadmo y se enriquece el negro Hades, a fuerza de lamentos y de lloro.

30 Ni yo ni estos muchachos que estamos aquí suplicantes pensamos que seas igual a los dioses, pero sí te juzgamos el primero de los mortales en las vicisitudes de la vida y en los avatares que los dioses envían; a ti, Edipo, que, llegado a esta ciudad, al punto la librate del tributo que venía pagando a la dura cantora⁴, y no porque nosotros te diéramos ningún indicio ni te instruyéramos en algo, sino –según se dice y es común opinión- porque la voluntad de un dios te puso en nuestra vida para que la enderezaras.

40 Y ahora, Edipo, tú, a juicio de todos el más fuerte, 90 halla algún remedio para nuestros males: éste es el ruego que te hacemos, suplicantes, radique en algo que le hayas oído decir a un dios o en algo que sepas por un hombre. Bien sé yo que la experiencia se nota en los consejos, merced a las circunstancias de la vida. Ve, tú, el mejor de los hombres, lleva otra vez derechamente la ciudad y ten cuidado: hoy esta tierra te aclama como a su salvador, porque te preocupaste de ella; que no tengamos que recordar tu gobierno como una época en que nos levantamos firmes para caer hasta el máximo:

50 no, lleva otra vez derechamente la ciudad, y de modo seguro. Entonces, bajo favorables auspicios, pudiste ofrecernos buena fortuna; pórtate como entonces, ahora. Y así, si realmente has de gobernar esta tierra, 100 como de hecho la gobiernas, será mejor que tu gobierno sea sobre hombres, y no sobre la ciudad

¹ Los que acudía en actitud de súplica llevaban en la mano, como señal, unos ramos de olivo o laurel que dejaban sobre el altar y retiraban cuando la petición era satisfecha.

² Atenea tenía dos templos en Tebas.

³ Ismeno no es el dios fluvial del mismo nombre, sino el semidiós tebano, hijo de Apolo.

⁴ La Esfinge enviada por Hera contra Tebas para castigar el crimen de Layo de amar al hijo de Pélope. Sus enigmas eran en verso.

vacía, que no hay baluarte ni nave, no, de estar desiertos, de no habitar hombres dentro.

EDI.- ¡Pobres hijos míos! El deseo que habéis venido a traerme no me era desconocido, que ya lo sabía, pues bien sé que sufrís todos;

mas, en vuestro sufrimiento, no hay quien sufra tanto como yo, porque vuestro dolor va sólo a uno –cada uno por sí mismo-, y no a otro, y mi corazón gime, en cambio, gime por la ciudad y por mí y por ti también. De forma que no os hayáis venido a despertarme de un sueño en que durmiera; habéis de saber que a mí me ha costado esto muchas lágrimas y que, en el ir y venir de mis cavilaciones, me ha llevado por muchos caminos. El único remedio que, tras considerado todo, pude hallar, éste he puesto en práctica: al hijo de Meneceo, a Creonte, mi propio cuñado, lo envié al oráculo pítico de Febo⁵,

para que preguntara con qué obras o con qué palabras puede salvar nuestra ciudad. Y estar ya a hoy, cuando cuento el tiempo que hace que se fue, me hace temer no le haya pasado algo. Hace que está fuera más tiempo del normal, más del que corresponde. Pero, cuando llegue, de no hacer yo todo cuanto el dios haya manifestado, entonces toda la culpa fuera mía.

SAC.- En buen momento has hablado: estos muchachos me hacen señas de que, ahora mismo, Creonte se acerca ya hacia aquí.

(*Creonte, que llega apresurado, se deja ver.*)

EDI.- ¡Oh, Apolo soberano! Si viniera en buena hora con la salvación,

como parece indicar su luminoso rostro.

SAC.- Sí, a lo que parece, viene alegre; de no ser así no vendría con la cabeza coronada de este laurel⁶ florido.

EDI.- Al punto lo sabremos, que ya está cerca y puede oírme. (*A Creonte.*) Príncipe hijo de Meneceo, mi pariente: ¿cuál es el oráculo del dios que vienes a traernos?

CREONTE.- Excelente, porque hasta la desgracia, digo yo, de hallar una recta salida, puede llegar a ser buena fortuna.

EDI.- Pero, ¿qué es lo que ha manifestado? Porque lo que llevas dicho, con no asustarme, tampoco me da ánimos.

CRE.- Si quieres oírme en su presencia (*señalando a los suplicantes*), estoy dispuesto a hablar, como si quieres ir dentro.

EDI.- Habla aquí, en presencia de todos, que más aflicción siento por ellos que si de mi propia vida se tratara.

CRE.- Paso, pues, a decir la noticia que he recibido del dios. Con toda claridad el soberano Febo nos da la orden de echar fuera de esta tierra una mancha de sangre que aquí mismo lleva tiempo alimentándose y de no permitir que siga creciendo hasta ser incurable.

EDI.- Sí, pero, ¿con qué purificaciones? ¿De qué tipo de desgracia se trata?

CRE.- Sacando de aquí al responsable, o bien purificando muerte por muerte, a su vez, porque esta sangre es la ruina de la ciudad.

EDI.- Pero, ¿la suerte de qué hombre denuncia así el oráculo?

CRE.- Señor, en otro tiempo teníamos en esta tierra como gobernante a Layo, antes de hacerte tú cargo de la dirección de Tebas.

⁵ A Delfos, el santuario más famoso de Grecia.

⁶ El laurel era el árbol sagrado de Apolo y con sus ramas se coronaba a los mensajeros portadores de gratas nuevas.

EDI.- Lo sé, aunque de oídas, porque nunca le conocí.

CRE.- Pues bien, ahora el oráculo prescribe expresamente que los responsables de su muerte tienen que ser castigados.

EDI.- Pero, ellos, ¿dónde están? ¿Dónde podrá hallarse el rastro indiscernible de una culpa tan antigua?

CRE.- Aquí en esta tierra, ha dicho, y siempre es posible que uno se haga con algo, si lo busca, así como se escapa aquello de lo que uno no se cuida.

EDI.- Pero, Layo, ¿cayó herido de muerte en el palacio, en el campo o en otra tierra, acaso?

CRE.- Había salido a consultar el oráculo, según se dice, pero, desde el día en que salió, jamás ha vuelto a palacio.

EDI.- Pero, ¿ni un mensajero, ni un compañero de camino saben nada que podamos saber y que nos pueda ser útil?

CRE.- Murieron todos, excepto uno, solamente, que huyó amedrentado y sólo pudo contar con certeza, de lo que sabía, una cosa.

120 EDI.- ¿Cuál? Podríamos saber mucho más, por un indicio únicamente, con sólo que tuviéramos una base, por mínima que fuera, en qué fundamentar nuestra esperanza.

CRE.- Dijo que hallaron por azar unos salteadores y que ellos le mataron, no por la fuerza de uno sino uniendo todos sus manos.

EDI.- Pero, ¿cómo un bandolero, de no haber algo 180 tramado desde aquí, con dinero de por medio, habría llegado a tal grado de osadía?

CRE.- Esto fue lo que nos pareció, pero, muerto Layo, no apareció, en la desgracia, quien pensara en vengarle.

EDI.- ¿Qué desgracia pudo, caído así vuestro rey, impedirnos ponerlo todo en claro?

130 CRE.- La Esfinge, cuyos sutiles cantos nos exhortaban a fijarnos en lo que teníamos a nuestros pies sin 190 preocuparnos de lo oscuro.

EDI.- Pues yo desde el principio reemprenderé la investigación y lo aclararé. Es digno de Febo, si, y digno también de ti, que hayas puesto ahora esta solicitud en favor del muerto. Y es justo que en mí veáis a un aliado que sale en favor de esta tierra y del dios, 200 juntamente. Yo alejaré esta mancha, y no por unos amigos lejanos, sino por mí mismo, porque sea quien fuere el asesino de Layo, podría ser que también contra

140 mí quisiera, de modo parecido, tomarse venganza; es en mi beneficio, pues, que voy en socorro de Layo.

(A los jóvenes suplicantes.) Venga, muchachos, levantaos de estos peldaños y llevaos estas ramas de suplicantes; que otro convoque aquí a asamblea al pueblo de Cadmo por el que estoy yo dispuesto a hacerlo todo... O a vivir feliz a la vista de todos, con la 210 ayuda de la divinidad, o a sucumbir.

SAC.- Va, pues, muchachos, levantémonos. Era por gracia de lo que el rey nos promete que habíamos venido. Y Febo, que nos ha mandado estos oráculos, 220 quiera venir a salvarnos y a poner fin a la peste.

150 (Se van el sacerdote y los jóvenes. Entran Edipo y Creonte en palacio. Hace su entrada el coro de ancianos tebanos, la voz del pueblo en la asamblea que ha convocado Edipo.)

160 Estrofa 1

CORO.- *Palabra dulcemente proferida de Zeus⁷, ¿qué traes a la ilustre Tebas desde Pito rica en oro⁸? La angustia tensa de mi espíritu, palpito de temor, dios de Delos que con gritos se invoca, salvador, y amedrentado me preguntó qué obligación nueva me impones que deba renovar en el renovarse de las estaciones⁹. Dímelo tú, hija de la dorada Esperanza, voz inmortal.*

Antiestrofa 1

A ti, hija de Zeus, inmortal Atena, te invoco primero, y a tu hermana Artemis,

patrona de esta tierra, que tiene su glorioso trono en la redonda plaza de Tebas, y a Febo que hiere de lejos. Apareced los tres ante mí, venid en mi socorro. Si nunca, suscitado antes contra la ciudad cualquier castigo, habéis apartado de ella, lejos, la llama de la desgracia, venid también ahora.

Estrofa 2

¡Ay, ay, que son incontables los males que soporto! Todos los de mi grupo, sin excepción, están enfermos y ya el pensamiento no discurre arma alguna que pueda servirle a uno de defensa.

Ya no crecen los frutos de esta tierra ilustre y las mujeres no salen ya de los dolores del parto, entre gritos. Verías, como aves de buenas alas, precipitarse, propagarse más que fuego irresistible, una sobre otra, las víctimas hacia la ribera del dios del ocaso.

Antiestrofa 2

La población perece en número incontable. Sus hijos, abandonados, yacen en el suelo,

Portadores de muerte, sin obtener ninguna compasión. Entretanto, esposas y también canosas madres gimen por doquier en las gradas de los templos, en actitud de suplicantes, a causa de sus tristes desgracias. Resuena el peán y se oye al mismo tiempo un sonido de lamentos. En auxilio de estos males, ¡oh áurea hija de Zeus!, envía tu ayuda, de agraciado rostro

Estrofa 3

Y Ares el brutal, que hoy, sin el ruido del bronce de los escudos¹⁰, me abrasa, enfrentándome entre el griterío, que dé la vuelta y corra lejos de esta tierra, sea hacia el inmenso tálamo de Anfritite¹¹, sea hacia el continuo oleaje de la mar en Tracia que no permite que fondeen las naves. Si deja algo la noche, viene después el día y lo acaba. A él, a Ares,

tú, padre Zeus, tú que gobiernas la fuerza de los ígneos relámpagos, fulmínalo bajo el poder de tu rayo.

Antiestrofa 3

Soberano Liceo¹² querría que de la cuerda de oro de tu arco salieran, invencibles, repartidas las flechas en mi socorro, para asistirme, y también las ígneas antorchas de Artemis con las que ella recorre, saltando, los montes de Licia. E invoco también al dios de dorada mitra, al que ha dado su nombre a esa tierra, a Baco¹³ de vinoso semblante que saluda con el evoé, al compañero de las ménades, para que venga,

⁷ Zeus habla por boca de su hijo Apolo.

⁸ Alusión a los inmensos tesoros depositados en delfos como ofrendas al Dios. Desde Homero se conoce a Delfos como Pito, donde Apolo venció al dragón Pitón.

⁹ Se pregunta el Coro si la actual epidemia es el castigo de una reciente impiedad o antigua.

¹⁰ Ares, dios de la guerra, suele representar la muerte violenta en el combate. Aquí no es el caso, sino que representa la epidemia.

¹¹ El mar. Anfritra es una nereida de la que se enamoró Poseidón y a la que hizo su esposa.

¹² Epíteto de Apolo de difícil traducción.

¹³ Tebas es conocida como "tierra de Baco" por ser éste hijo de Semele y ésta, a su vez, hija de Cadmo

fulgurante con su antorcha resplandeciente, contra el dios que no tiene honra entre los dioses.

(Ha aparecido Edipo y se ha detenido en lo alto de la escalinata de palacio para oír las últimas palabras del coro.)

EDI.- Ruegas, pero si quieres prestar atención y acogida a mis palabras, y obedecer las órdenes de la peste, podrás hallar en respuesta a tus ruegos, remedio y alivio para tus males en lo que yo, ajeno a lo que diga, voy a decirte, ajeno también al crimen. Pues yo, por mí solo,

230 sin indicios, no podría llevar lejos mi investigación. Por ello ahora, como el último que ha llegado a la ciudadanía, proclamo ante vosotros, todos, ciudadanos cadmeos, lo siguiente: quienquiera que de vosotros sepa por mano de quién murió Layo, hijo de Lábdaco, le ordeno que me lo indique, y, si teme por él mismo, que él mismo se aparte de la acusación, porque no ha de sufrir contratiempo alguno salvo el marcharse con garantías del país. *(Pausa y silencio)*. Y si alguien sabe

que el asesino ha sido otro, de otra tierra, que no calle, no, que yo he de recompensarle y añadir, además, mi agradecimiento. *(Nueva pausa y nuevo silencio)*

240 Pero si calláis, si alguno de vosotros, por temor, preserva de este cargo a un amigo o a sí mismo, conviene que me oigáis decir lo que he de hacer, en este caso: a este hombre, quienquiera que sea, yo prohíbo a todos los de esta tierra en que yo tengo poder y trono que le acojan; que nadie le hable, que no sea aceptado a participar con los demás en las súplicas y en los sacrificios a los dioses, que no tenga sitio en las purificaciones.

Que todos lo excluyan de su familia como quien es para nosotros una mancha de sangre; según el oráculo de dios de Pito acaba de revelarme. Con estas órdenes entiendo demostrar mi alianza con el dios y con el muerto.

250 En cuanto al criminal, mis votos son para que, tanto si ha quedado oculto por haber obrado solo como si ha sido con el concurso de muchos, para que, malvado, pase su vida desgraciada de mala manera. Y pido aún que, si yo sabiéndolo, viviera junto al hogar de mi casa, conmigo, el criminal,

que fuera yo víctima de las imprecaciones que acabo de pronunciar.

260 Esto es todo lo que os mando hacer, por mí mismo, por Apolo y por esta tierra que se consume, sin frutos, olvidada por los dioses, si aunque no os hubiera venido este aviso del cielo, no era justo que dejarais sin purificar este asunto; debíais haber investigado la muerte de aquel excelente varón, rey vuestro. Pero yo, que tengo ahora el poder que él antes tuvo, que duermo en su lecho y siembro en la mujer que también fue suya,

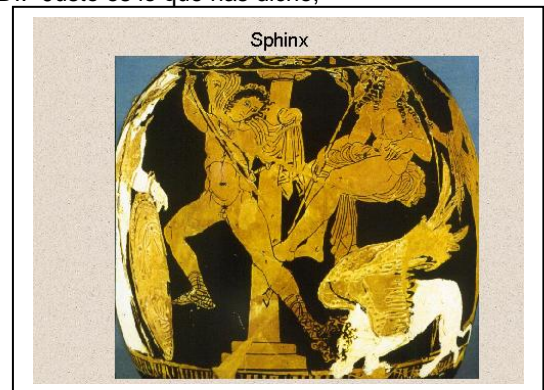
270 y que tendría con él comunes hasta los hijos, si su fortuna no se hubiera torcido en el linaje (pero es que la fortuna se lanzó contra su cabeza); por todas estas razones: yo, como si de mi padre se tratara combatiré por él y llegaré a lo que sea, intentando atrapar al responsable de la muerte del hijo de Lábdaco, del linaje de Polidoro y, más allá, de Cadmo y todavía antes de Agenor¹⁴.

¹⁴ Agenor es el fundador de la dinastía tebana, rey de Sidón y Tiro, y padre de Europa y Cadmo.

Y a los que no cumplan mis órdenes, ruego a los dioses que no les crezca cosecha de su tierra ni hijos de sus mujeres les crezcan, sino que sucumban de más cruel destino, incluso, que el que ahora sufrimos; a los otros cadmeos, en cambio, a los que aprobáis mis órdenes, que Dike sea vuestra aliada y estén por siempre a vuestro lado los dioses todos.

CORIFEO.- Te hablaré, señor, según las imprecaciones en que me has cogido. Por mi parte, ni yo le maté ni puedo decir quién le mató. En cuanto a buscarlo..., Febo, que mandó este oráculo, bien podía haber dicho quién lo hizo.

EDI.- Justo es lo que has dicho,



pero no hay hombre que capaz fuera de forzar a los dioses en algo que no quieran.

CORI.- ¿Puedo decirte lo que me parece, en segundo lugar, de todo esto?

EDI.- Y hasta lo que te parece en tercer lugar. Habla sin vacilaciones.

CORI.- Yo sé de un señor que ve hasta más que el señor Febo, y es Tiresias. Si alguien, señor, se dejara llevar por su consejo, podría sacar una opinión más clara sobre este asunto.

EDI.- En verdad que tampoco eso se ha quedado entre las cosas por hacer: por consejo de Creonte le he mandado llamar por dos servidores y hace ya rato que me extraña que todavía no haya comparecido.

CORI.- *(Como para sí mismo)*. Realmente, todos son dichos oscuros y antiguos.;

DI.- ¿Qué dichos? Me interesa escudriñar en todos ellos.

CORI.- Murió, se ha dicho, por mano de unos caminantes.

EDI.- También yo oí esto, pero no he podido ver al que lo vio.

CORI.- Pero si hay en él, aunque sea una pequeña parcela para el temor, no podrá resistir cuando sepa de tus imprecaciones.

EDI.- El que no tiembla ante una acción, menos se espanta por palabras.

CORI.- Pero hay quien lo pondrá en evidencia. Estos servidores traen ya al divino profeta, el único entre los hombres para quien la verdad es cosa innata.

(Entra Tiresias, anciano y ciego, llevado por un muchacho y entre dos servidores de Edipo) EDI.- Oh, tú, Tiresias, que todo saber dominas,

310 lo que puede enseñarse y lo inefable, lo celeste y lo arraigado en tierra: aunque no puedes ver, tú sabes sin embargo de qué enfermedad es víctima Tebas. No hallamos sino a ti, señor, que puedas defenderla y salvarla. El caso es, si no te has enterado ya por mis mensajeros, que Febo ha enviado, en respuesta a nuestra embajada, la contestación de que el único

- remedio que puede venir contra la peste es que lleguemos a saber quiénes fueron los asesinos de Layo y les matemos o bien les echemos lejos de esta tierra. Tú, pues, no desdeñes, no, ni los anuncios de las aves ni ningún camino de adivinación, el que sea, para liberarte a ti y a la ciudad, para liberarme a mí, para liberarnos de la culpa de sangre de su muerte. En tus manos estamos. Ayudar a un hombre con lo que tiene o puede es la más bella fatiga.
- TIRESIAS.- ¡Ay, ay, qué terrible es saber algo, cuando ello no puede ayudar al que lo sabe! Bien sabía yo esto, mas debí olvidarlo, que, si no, no fuera aquí venido.
- EDI.- ¿Cómo? ¿Así desanimado vienes?
- TIR.- Déjame volver a mi casa. Mejor soportarás tú tu destino
- 320 y yo el mío, si me haces caso.
- EDI.- No es justo que así hables: no demuestras tu amor a esta ciudad que te ha visto crecer, si la privas de tu vaticinio.
- TIR.- No veo, no, que lo que dices vaya por el camino conveniente. Y así, para que no me pase a mí lo mismo...
- EDI.- No, por los dioses: si algo sabes, no te vayas. Míranos a todos ante ti postrados, suplicantes.
- TIR.- Sí, todos, porque no sabéis... No, no pienso revelar tu desgracia (también podría decir la mía).
- 330 EDI.- ¿Qué dices? ¿Sabes algo y no lo dirás? ¿Piensas acaso traicionarnos y ser la ruina de la ciudad?
- TIR.- No quiero hacerme daño, ni hacértelo a ti... ¿Para qué insistir en vano? De mí no sabrás nada.
- 340 EDI.- ¡Oh tú, el más malvado de los malvados, que irritarías hasta a uno de carácter tan imperturbable como una roca!, ¿no dirás nada? ¿Serás capaz de mostrarte tan duro e inflexible?
- TIR.- Criticas mi obstinación, pero sin advertir la que tú llevas dentro, y llegas a vituperarme.
- EDI.- ¿Quién podría no irritarse oyendo estas palabras con que tú deshonoras a Tebas?
- 350 TIR.- En todo caso, y aunque yo lo encubra con mi silencio, llegará por sí mismo.
- EDI.- Siendo así, si ha de llegar, te conviene decírmelo.
- TIR.- Ya no diré más nada. Ante esto, si quieres, gasta la ira más salvaje que haya en tu corazón.
- EDI.- Pues bien, ya que estoy irritado no dejaré de decir nada de lo que entiendo. Sabe que yo creo que tú tramaste el crimen, y que tú lo hiciste, aunque por tus manos no mataras. Con todo, si fueras vidente, diría que fuiste tú solo el que lo hiciste.
- 360 TIR.- ¿Con que sí, eh? Pues he de decirte que te apliques el decreto que antes promulgaste y que no nos dirijas la palabra, ni a éstos ni a mí, porque tú eres quien ha derramado la sangre que mancha a esta ciudad.
- EDI.- ¡Si has de ser sinvergüenza, para poner en movimiento palabras como éstas: y luego, ¿qué escapatoria piensas tener?
- TIR.- La tengo ya: la fuerza de la verdad que en mí vive.
- EDI.- ¿Sí? Y ¿quién te la ha enseñado? No es cosa de tu oficio.
- TIR.- Tú mismo, que me forzaste a hablar contra mi voluntad.
- 400 EDI.- ¿Y qué dijiste? Dilo de nuevo para que mejor lo sepa.
- TIR.- ¿No te enteraste antes? ¿Estás tentándome para hacerme hablar?
- 410 EDI.- No tanto que pueda decir que lo he entendido. Dilo otra vez.
- TIR.- Digo que el asesino que buscas, el del rey, eres tú.
- EDI.- Estos horrores no los dirás dos veces con la misma alegría.
- TIR.- ¿Puedo añadir a lo ya dicho algo, para irritarte más?
- EDI.- Cuanto te plazca, que todo lo que digas será en vano.
- TIR.- Pues digo que, sin tú saberlo, vives en vergonzoso trato con los que más amas, y que no te das cuenta del grado de miseria a que has llegado.
- EDI.- Pero, ¿tú crees que podrás hablar siempre en este tono, tan contento?
- TIR.- Sí, al menos si la verdad tiene alguna fuerza. EDI.- La tiene, excepto para ti; y para ti no tiene porque tú eres ciego, de ojos y también de oído y de cabeza.
- TIR.- ¡Ay, pobre, y que des en insultarme con las palabras con las que no habrá nadie, dentro de poco, que no te insulte a ti!
- EDI.- Te alimentas sólo de noche, de forma que no puedes hacernos daño ni a mí ni a nadie que vea la luz.
- TIR.- En fin, no es mi destino que caigas por mí; ya basta con Apolo que se preocupa de ello.
- EDI.- Y estos descubrimientos, ¿son de Creonte o de quién?
- TIR.- No, no es Creonte, sino tú mismo, tu ruina.
- EDI.- ¡Oh, riqueza y gobierno! ¡Oh, arte que todas las artes sobrepasa en ese cúmulo de rivalidades que es la vida! Cuán grande es la envidia que guardáis vosotros, si por este gobierno que la ciudad me puso en las manos, regalado, sin yo pedirlo: si por él Creonte, desde el principio mi amigo de confianza, viene a mí ocultamente y con deseo de herirme sobornando a un mago como éste, urdidor de intrigas, charlatán insidioso que sólo tiene ojos para las ganancias, pero que es ciego para su arte. (A *Tiresias*.) Sí, porque, si no, dime: ¿cuándo fuiste tú un cabal adivino?
- ¿Cómo no dijiste a los ciudadanos, cuando estaba aquí, con sus canciones, la perra¹⁵, de qué forma se librarían de ella? Y sin embargo, el enigma no era como para que lo descifrara el primero que llegase, sino que necesitaba de adivinación, arte del que tú demostraste no saber nada, ni de los pájaros ni de ningún dios. Tuve que venir yo, Edipo, que nada sabía, y hacerla callar porque mi razón me llevó por buen camino, y sin saber nada por ningún pájaro. Y ahora tú intentas expulsarme y ya te ves en el lugar de honor al lado del trono de Creonte, pero me parece que tú y el que contigo ha tramado esto vais a pagar con lágrimas estas expulsiones. De no parecerme un pobre viejo, yo haría que, a fuerza de sufrimiento, cobrases conciencia de tu malicia.
- CORI.- Nosotros pensamos que sus palabras han sido airadas como -nos parece- también las tuyas, Edipo. Y conviene que miremos las cosas, no así sino de la manera como mejor resolvamos los divinos oráculos.
- TIR.- Tú eres rey, cierto, pero has de considerarme tú igual a la hora de responderte, punto por punto, porque también yo tengo poder y no vivo sometido a ti, sino a

¹⁵ La Esfinge, no porque tuviera forma de perro, sino por su misión de guardiana del cumplimiento de los designios de Hera.

Loxias¹⁶, como esclavo;
de modo que no me verás inscrito entre la clientela de Creonte. A tus insultos sobre mi ceguera respondo: tú tienes, sí, ojos, pero no ves el grado de miseria en que te encuentras ni dónde vives ni en la intimidad de qué familiares. ¿Sabes quiénes fueron tus padres?... E ignoras que eres odioso para los tuyos, tanto vivos como muertos. Pronto la maldición de tu madre y de tu padre, de doble filo, vendrá, terrible, a echarte de esta tierra; ahora ves bien, pero entonces no verás sino sombra. Cuando sepas las bodas en que, como en viaje sin posible fondeo de la nave, te embarcaste, después de una feliz travesía, ¿qué lugar no será el puerto de tus gritos?

420 ¿Qué Citerón¹⁷ no devolverá tu voz? Tampoco sabes nada de la avalancha de otros males que os han de igualar, a ti contigo, contigo a tus hijos. Después de esto, puedes ensuciarnos lo que quieras, a Creonte y a mis oráculos. Ningún hombre ha de pasar una más desgraciada existencia que tú.

430 EDI.- (Al coro). ¿No es insufrible oír esto de labios de éste? (A Tiresias). Vete en mala hora, y rápido. Date la vuelta y márchate por donde has venido. Lejos de este palacio.

TIR.- Si no me hubieras llamado, no hubiera yo venido.

EDI.- No sabía, no, que ibas a decirme locuras; si no, me habría tomado tiempo, antes de hacerte venir.

TIR.- Sí, yo soy, según tú dices, un loco, pero para los padres que te dieron vida mi inteligencia tenía valor.

EDI.- ¿A quiénes te refieres? ¡Espera! ¿Quién fue mi padre?

TIR.- El día de hoy te hará nacer y te matará.

EDI.- ¡Qué enigmático, qué oscuro, todo lo que dices!

440 TIR.- ¿No eras bueno, tú, para encontrar salida a los enigmas?



Edipo y la Esfinge

EDI.- Ya puedes, ya, injuriarme con cuantos motivos halles.

TIR.- Y, con todo, tu misma buena suerte te ha perdido.

EDI.- Pero, ¿qué importancia tiene esto, si logré salvar a Tebas?

TIR.- Me voy. (Al muchacho que le guía). Tú, hijo, ven a acompañarme.

450 EDI.- Eso es, que te acompañe, que aquí ante mí,

presente, me molestas; cuando hayas desaparecido no me apenaré mucho, no.

TIR.- Me marchó habiéndote dicho aquello por lo que vine, sin haber temido tu semblante, porque tú no tienes forma de perderme. Y te lo advierto, el hombre al que buscas con amenazas y decretos sobre la muerte de Layo está aquí. Pasa por ser un extranjero que vive entre nosotros, pero después se verá que es tebano, aunque esta ventura no ha de alegrarle. Será ciego aunque antes ha visto, y pobre, en vez de rico, y tanteando ante sí con un bastón se encaminará a extrañas tierras. Se verá que era a la vez hermano y padre de los hijos con que vivía, hijo y esposo de la mujer de que había nacido y que, asesino de su padre, en su propia mujer había sembrado. Cuando entres, medita estos oráculos y, si me coges en una mentira, puedes decir que tengo inteligencia para vaticinios.

Estrofa 1

COR.- *¿Quién es a quién la profética roca de Delfos ha designado como habiendo cometido, con sus criminales manos, crímenes nefandos entre los nefandos que haya? Hora es ya de que el tal se dé a la fuga moviendo un pie tan poderoso, en su rapidez, como el de las yeguas que corren como el huracán. Porque, armado con fuego y relámpagos, contra él corre el hijo de Zeus.*

Y, terribles, le siguen las diosas de la muerte que no fallan su golpe.

Antiestrofa 1

De la cumbre del Parnaso¹⁸ nevado ha relucido la orden manifiesta: que al criminal, que no sabemos quién es, todavía, se le siga la pista, de todas las maneras; ahora vaga por el salvaje bosque, por cavernas y rocas, como un toro¹⁹. Mísero, solitario, con mísero pie intenta eludir los oráculos que han brotado del ombligo en mitad de la tierra²⁰, pero los oráculos vuelan a su alrededor en su interminable vigencia.

Estrofa 2

Terrible, terrible es la agitación que me infunde el sabio intérprete de las aves; no digo que sí ni que no: no sé qué decir: en alas de mi ansia espero, pero sin ver nada, ni en el presente ni en el pasado: entre los Labdácidas y el hijo de Pólipo²¹, ¿qué rivalidad podía haber?

490

Ni antes ni ahora he recibido información alguna por la que ir a probar la bien establecida fama de Edipo ni constituirme en vengador de unas oscuras muertes de Labdácidas.

Antiestrofa 2

Zeus y también Apolo son, en su lucidez, buenos conocedores de la naturaleza humana. Verdaderamente, no es cosa resuelta que, entre los hombres, vaya más lejos que yo un adivino:

500

puede un hombre, con inteligencia, ir mas allá de la inspiración; en todo caso, nunca querría yo, antes de estar cierto en la rectitud de algo que se haya dicho, oponerme con un aserto a los que censuran. Lo que está claro es que a él se enfrentó una vez la doncella

¹⁶ Epíteto de Apolo que significa "oblicuo", en alusión a las ambiguas respuestas del oráculo.

¹⁷ Monte en que fue abandonado Edipo. Aquí está empleado como nombre genérico de "monte".

¹⁸ El santuario de Delfos está situado en la ladera de un monte que pertenece a la misma cadena montañosa donde se eleva el Parnaso.

¹⁹ El Coro describe al asesino tal como él lo imagina, exiliado y fugitivo.

²⁰ Delfos era considerado el ombligo o centro del mundo.

²¹ Pólipo, rey de Corinto, recibió al pequeño Edipo y lo crió como a un hijo. Para el Coro es el verdadero padre de Edipo.

alada²², y que, en la prueba, todos le vimos sabio y bien dispuesto para con la ciudad; por ello nunca mi corazón le imputará un crimen²³.

(Entra en escena Creonte, agitado)

520 CRE.- Ciudadanos, he sabido que el rey Edipo me ha acusado con terribles, insoportables palabras; por ello estoy aquí, porque si, en la actual desventura, cree que, de palabra o de obra, le he perjudicado yo en su detrimento, entonces no deseo, bajo el peso de un tal descrédito, que sean muchos los años de mi vida. Porque esto que ha sido me perjudica, no en el simple plano de mi vida privada,

sino, mayormente, y como malvado aparezco a tus ojos, a los ojos de mis amigos.

CORI.- Ten en cuenta que estos insultos vinieron, seguramente, más bien forzados por la ira que tras sensata reflexión.

CRE.- Pero, ¿él manifestó claramente que el adivino mentía para servir a mis planes?

CORI.- Esto se ha dicho, sí, pero no sé con que fundamento.

CRE.- Pero, ¿miraba recto? ¿Era capaz de pensar derechamente cuando lanzó contra mí esta acusación?

530 CORI.- No sé: para lo que hacen mis superiores no tengo ojos.

Pero mira: el en persona sale del palacio. (*Aparece Edipo en el umbral de palacio*) EDI.- (A Creonte). Tú, dime cómo te has atrevido a volver aquí: ¿con qué rostro, audacísimo, te presentas en mi casa, tú, convicto asesino de este hombre (señalándose a sí mismo), evidente ladrón de mi realeza? Venga, por los dioses, habla: ¿habías visto en mí algún signo de debilidad o de estupidez que motivara esta decisión tuya? ¿Pensabas acaso que, serpeando con astucia, no iba yo a conocer tu propósito, o que, en caso de conocerlo, no iba a defenderlo? ¿No es loca empresa, este tu ir a la caza de la realeza sin el pueblo, sin amigos, cuando es con el pueblo y sus amigos que se consigue?

540 CRE.- ¿Sabes qué has de hacer? Escucha, como yo te he escuchado a ti, la respuesta que he de dar a tus palabras, y cuando me hayas oído, juzga tú mismo.

EDI.- Tu eres bueno hablando, pero yo soy malo para oírte, porque en ti he descubierto una grave hostilidad hacia mi persona.

CRE.- A propósito de esto, empieza por escuchar lo que tengo que decirte.

EDI.- A propósito de esto, si es para negar tu maldad, ni me hables.

550 CRE.- Si crees que la arrogancia, sin reflexión, es un bien, no piensas rectamente.

EDI.- Si piensas que un hombre que obre mal, por ser mi pariente, no va a tener su castigo, no piensas bien.

CRE.- En eso concuerdo contigo en que has hablado justamente, pero explícame cuál es el mal que de mí dices sufrir.

EDI.- ¿Fuiste tú, o no, el que me convenció de la necesidad de mandar llamar al venerable adivino?

CRE.- Sí, y todavía ahora persevero en esta opinión.

560 EDI.- ¿Y cuanto tiempo ha pasado ya desde que

Layo...

CRE.- Desde que Layo hizo ¿qué? No te entiendo.

EDI.- ...desde que desapareció mortalmente agredido?

CRE.- Muchos y largos años pueden contarse, desde entonces.

EDI.- Y, entonces, el adivino ése ¿practicaba ya su arte?

CRE.- Con igual sabiduría y por todos igualmente respetado.

EDI.- ¿Y se refirió a mí en algún modo, durante aquel tiempo?

CRE.- No, en absoluto, al menos en mi presencia.

EDI.- Pero, ¿no hiciste una investigación sobre el asesinato?

CRE.- La hicimos, ¿cómo no?, pero sin obtener respuesta.

EDI.- ¿Cómo, pues, él, tan sabio, no habló entonces?

CRE.- No sé; y sobre lo que no puedo opinar, prefiero guardar silencio.

570 EDI.- Lo que sabes y podrías decir, con buen conocimiento de causa es lo siguiente...

CRE.- ¿Qué? Si lo sé no he de negar mi respuesta.

EDI.- ... por qué razón, de no haber venido ahora tras acordarse contigo, no habló entonces de mi asesinato de Layo.

CRE.- Si él habla de esto, tú sabrás por qué. Pero ahora, justo es que yo te interrogue a ti, como tú has hecho conmigo.

EDI.- Ya puedes preguntar, que no he de ser hallado convicto de asesinato.

CRE.- Pues bien, ¿no estas tú casado con mi hermana?

EDI.- No hay forma de contestar que no a esta pregunta.

CRE.- Y tu reinado sobre este país, ¿lo ejerces en paridad con ella?

580 EDI.- Ella consigue de mí cuanto le place.

CRE.- Y yo, el tercero, ¿no soy considerado igual a vosotros dos?

EDI.- En este justo punto apareces como un mal amigo. CRE.- Verías que no si me dejaras hablar como yo te he dejado a ti. Primero considerara esto: ¿crees tú que alguien iba a preferir el poder con las inquietudes que comporta, a dormir tranquilo pudiendo también gobernar? Yo, por lo menos -y como yo cualquier persona de buen juicio-, no he nacido con el deseo de ser rey, sino con el de poder obrar como un rey. Ahora, de ti y sin inquietudes, obtengo todo lo que quiero;

590 si fuera rey, en cambio, a menudo tendría que actuar contra mi voluntad. ¿Como, pues, puede gustarme más ser rey que tener un mando y una autoridad sin penalidades? Aun no ando tan errado que posponga a otras cosas unos bienes que redundan en mi provecho; ahora puedo saludar a todo el mundo y todos me saludan con amabilidad, ahora todos los que necesitan algo de ti acuden a mí: para ellos, acudiendo a mí todo puede conseguirse. Y bien, ¿cómo voy a dejar yo esto para hacerme con eso otro? No, no puede un mal cerebro razonar con prudencia,

600 y yo, ni soy de la clase de los que pueden enamorarse de una idea así ni me hubiera atrevido, nunca, a aliarme con nadie que obrara de este modo. Y si quieres una prueba de esto, ve a Pito y entérate de si te he transmitido bien el oráculo; y además esto: si descubres que yo he tramado algo en común con el adivino, me condenas a muerte, pero no por un solo voto, sino por dos, el tuyo y el mío; pero, por una simple sospecha, e incierta, además, no me inculpas.

610

²² Nueva alusión a la Esfinge, esta vez como monstruo femenino con rostro de mujer, pecho, patas y cola de león, y alas como un ave de rapiña. Evitan llamarla por su nombre y recurren a todos los atributos.

²³ El predominio de la razón en la Atenas de Sófocles se manifiesta en las dudas que expresa el coro entre la confianza en su propio juicio acerca de la persona de Edipo y la creencia religiosa en el augurio del adivino.

Porque ni es justo creer, sin fundamento, que los malos son buenos ni que los buenos son malos, que, en mi opinión, igual es perder un buen amigo que perder el máspreciado bien, la propia vida. Con el tiempo aprenderás esto con certeza: que sólo los años enseñan si es justo un hombre, pero que, al malvado, puedes conocerle en no más de un día.

CORI.- Ha hablado bien, señor, si hablaba a quien toma precauciones para no caer: tomar ideas apresuradas no es lo más seguro.

620 EDI.- Si uno trama en la sombra contra mí, veloz, también yo he de tomar decisiones rápidas, porque, si me quedo quieto y tranquilo,

él tal ya lo habrá hecho todo y yo me habré equivocado.

CRE.- ¿Qué quieres, pues? ¿Echarme de esta tierra?

EDI.- No, lo que quiero es tu muerte, y no tu destierro.

CRE.- Cuando pongas en claro la razón de tu odio.

EDI.- ¿No puedes hablar como un súbdito sumiso?

CRE.- Es que no veo que lleves razón.

EDI.- La mía, por lo menos.

CRE.- Pero igual hay que considerar también la mía.

EDI.- Tú naciste malvado.

CRE.- ¿Es que no comprendes nada?

EDI.- Es igual: hay que obedecer.

CRE.- Pero no a un mal gobernante.

EDI.- ¡Oh, ciudad, ciudad de Tebas!

630 CRE.- También yo tengo mi parte en Tebas; no es sólo tuya.

CORI.- ¡Calma, príncipes, calma! Veo que a propósito sale ahora del palacio Yocasta y conviene que ella ponga en su lugar la riña que tenéis entablada.

(Sale Yocasta de palacio)

YOCASTA.- ¿A qué viene, insensatos, esta absurda querella que vuestras lenguas han suscitado? ¿No os da vergüenza airear aquí, ante esta tierra así apestada, vuestras rencillas privadas? Tú, Edipo, entra en casa, y tú a la tuya, Creonte, no vayáis a hacer un gran dolor de algo tan nimio.

640 CRE.- Hermana: Edipo, tu esposo, me cree capaz de haber hecho terribles actos, y de dos penas -sacarme de la tierra patria, cogermme para matarme- ya tiene una decidida.

EDI.- Lo confirmo, sí, porque le he descubierto, esposa, atentando contra mi persona con malas artes.

CRE.- ¡Que no reciba ni una alegría mas, que muera yo maldito, si he realizado uno solo de los hechos que tú me imputas!

YOC.- Por los dioses, Edipo, confía en lo que dice, máxime por respeto a su juramento, garantes los dioses, y, después, por respeto a mí y a éstos que están presentes.

Estrofa 1

650 COR.- Déjate persuadir de grado y con lucidez, señor, te ruego.

EDI.- ¿En qué quieres que ceda?

COR.- Respeta a este hombre que antes no ha hablado como un niño y que ahora, por su juramento, es sagrado.

EDI.- ¿Tú sabes lo que quieres?

COR.- Lo sé.

EDI.- Justifica lo que dices.

COR.- Es tu pariente y con juramentos se ha comprometido: no le hagas un cargo de deshonor basado en una culpa que no se ha expresado con claridad.

660 EDI.- Sepas bien que con intentar lograr esto buscas mi muerte o mi destierro de Tebas.

670 Estrofa 2

COR.- No, por el dios que de todos los dioses es caudillo, el Sol. Que muera yo del todo abandonado por los dioses y por los amigos, hasta el extremo, si tengo esta idea. Pero, desgraciado de mí, esta tierra que se consume aflige mi ánimo y especialmente cuando veo que a los males que sufre de hace tiempo añadís otros vosotros dos.

EDI.- Que se vaya, pues, aunque haya de costarme hasta la vida o la honra, si con violencia soy arrojado de este país:

me conmueven tus razones, que mueven a piedad, y no las tuyas, pues a él, donde quiera que esté, yo he de odiarle.

CRE.- Ya se ve, ya, que cedes cargado de odio, pero cuando se apacigüe tu ira ha de pesarte. Las naturalezas como la tuya son, y con razón, dolorosas de soportar hasta para los que las tienen.

EDI.- ¿No me dejarás en paz, yéndote de Tebas?

CRE.- Ahora me voy. Tú me habrás desconocido, pero para éstos (señalando al coro) soy el de siempre.

(Sale Creonte)

Antiestrofa 1

COR.- Yocasta, ¿qué esperas para acompañarme (señalando a Edipo) dentro de palacio?

680 YOC.- Cuando sepa qué ha sucedido.

COR.- Cosas que parecían, por confusas palabras; pero también la injusticia hiere²⁴.

YOC.- ¿De ambas partes?

COR.- Sí.

YOC.- ¿Y sobre qué tema?

CORI.- ¡Basta! Me parece a mí, en la tribulación que pasa este país, que ya hay bastante: donde ha cesado la cuestión, que allí se quede.

EDI.- ¿Has visto adónde llegas, tú, hombre de rectas opiniones, obstaculizando mi causa y ablandando mi corazón?

Antiestrofa 2

CORI.- Ya te he dicho, señor, y no una sola vez, que sería -has de saberlo- incapaz de razonar, insensato, si abandonara tu causa, porque tú, cuando mi querida tierra se agitaba entre penas, le enderezaste por el camino recto²⁵; guíala también ahora por buen camino, si está en tu mano.

YOC.- Por los dioses, explícame, señor, qué razón tiene esta cólera que has levantado.

690 EDI.- Te lo diré porque a ti te respeto más que a estos ancianos;

la razón es Creonte, porque había tramado un complot contra mí.

YOC.- Habla para que por tus palabras sepa si puedes inculparle esta disputa sin lugar a dudas.

EDI.- Que dice que yo soy el asesino de Layo.

YOC.- ¿Lo sabe por él mismo o porque se lo haya dicho algún otro?

EDI.- Para tener en todo libre de culpa su boca me ha enviado al pérfido adivino.

YOC.- Si es por esto que has dicho, presta atención y absúelvet; piensa que este arte de adivinar no es cosa de hombres; en pocas palabras te daré pruebas evidentes:

710 en otro tiempo le llegó a Layo un oráculo, no diré de labios del propio Apolo sino de sus ministros: que su destino sería morir en manos de un hijo suyo, de un

720

²⁴ Es decir, que la sospecha recayó en Edipo a partir de las palabras del adivino y también a partir de ellas Edipo ofende a Creonte acusándole sin razón.

²⁵ El tema de la nave del estado de la que el gobernante dirige el rumbo aparece por primera vez en Arquíloco (fr. 163).

hijo que nacería de mí y de él; en cambio, a él le dieron muerte, según se ha dicho, unos salteadores extranjeros en una encrucijada de tres caminos; en cuanto a su hijo, no había pasado tres días de su nacimiento que ya él le había unido los pies por los tobillos²⁶ y, por mano de otros, a un monte desierto le había arrojado; tampoco entonces cumplió Apolo que el hijo sería el asesino de su padre y Layo no sufrió de su hijo el terrible desmán que temía. Y, con todo, así lo habían prescrito las voces del oráculo; de modo que no debes hacer caso de esto: las cosas cuyo cumplimiento busca un dios, él mismo te las revelará.

EDI.- ¡Qué desconcierto, qué agitación en lo más hondo se acaba de apoderar de mí, después de oírte!
YOC.- ¿En virtud de qué preocupación dices esto? ¿A qué mirar ahora hacia el pasado? EDI.- Es el caso que me ha parecido oírte decir que Layo halló la muerte en la encrucijada de tres caminos.

730

YOC.- Esto es lo que se difundió y lo que siempre se ha dicho, desde entonces.

EDI.- ¿Y en qué tierra fue que sucedió esto?

YOC.- En la tierra llamada Fócide, en la encrucijada en que se encuentran los caminos que vienen de Delfos y de Daulia.

EDI.- ¿Y cuánto tiempo hace que pasó todo esto?

YOC.- Se pregonó por la ciudad poco antes de reconocerse tu poder sobre este país.

EDI.- ¡Oh, Zeus!, ¿qué tienes pensado hacerme?

YOC.- ¿Por qué te tomas esto tan a pecho,

740

Edipo? EDI.- Aún no me preguntes, y Layo, dime qué aspecto tenía, cuántos años, entonces.

YOC.- Era alto y en su cabeza comenzaban a aparecer las canas; de figura no era muy distinto a ti 16.

EDI.- ¡Ay de mí, desgraciado! Me parece que las terribles imprecaciones de hace un rato las lancé, sin saberlo, contra mí mismo.

YOC.- ¿Cómo dices? No me atrevo ni a mirarte, señor.

EDI.- Terrible desanimo me entra de pensar que el adivino ve claro. Pero podrás informarme mucho más si me dices, aún, una sola cosa.

YOC.- También yo vacilo, pero pregúntame y si sé te contesto.

750

EDI.- ¿Cómo viajaba? ¿Como persona insignificante o bien cual corresponde a quien tiene el poder, con abundante séquito de gente armada?

YOC.- En total eran cinco, y entre ellos había un heraldo; llevaban un solo carruaje en el que viajaba Layo.

EDI.- ¡Ay, ay, que esto ya es diáfano! Y dime, mujer, ¿quién fue que vino entonces a narraros esto?

YOC.- Un criado, el único que pudo volver sano y salvo.

EDI.- Y ahora, ¿vive aún en palacio?

YOC.- No, que cuando llegó aquí y, tras la muerte de Layo²⁷, te vio a ti en el poder, me suplicó, cogiéndome de la mano²⁸,

760

que lo enviáramos al campo, a pastorear ganado, porque cuanto más lejos estuviera de la ciudad, para no verla, sería mejor. Y yo lo mandé al campo: era un esclavo, pero hombre que se merecía este favor y más

770

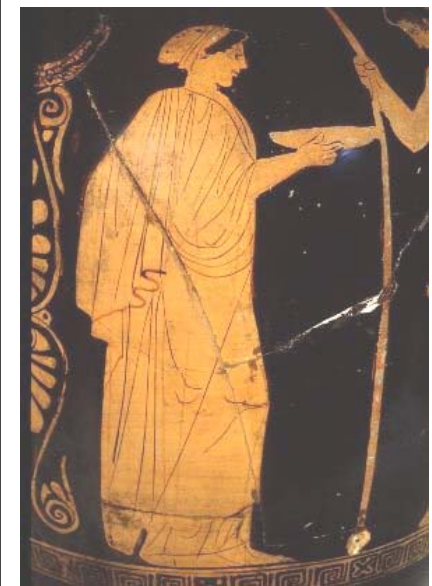
que hubiera pedido.

EDI.- ¿Podría hacersele regresar, y rápido?

YOC.- Sí, es posible, pero ¿adónde lleva esta pesquisa?

EDI.- Es que temo, mujer, no haber hablado mucho, demasiado; por esto quiero verle.

YOC.- Pues vendrá, pero también yo merezco saber qué hay en ti que te atormenta, señor.



Yocasta

EDI.- No te privaré de saberlo, llegado a este punto de desesperanza; si he venido a parar aquí por el destino, ¿a quién mejor que a ti podría explicárselo?

(Pausa y silencio)

Es mi padre Pólipo, de Corinto, y mi madre Mérope, doria. En Corinto era yo considerado como un buen ciudadano de los más principales, hasta que me sobrevino un caso que justificaba, sí, mi sorpresa, pero no seguramente que me preocupara tanto por él. En un banquete, un hombre que había bebido demasiado, bajo los efectos del vino, me llamó hijo supuesto de mi padre.

Yo acusé el golpe y, aunque a duras penas, me contuve aquel día, pero, al siguiente, me fui corriendo a mi padre y a mi madre y les interrogué: ellos llevaron a mal lo que se había dicho y lo consideraron un insulto de borracho: a mí me alegraron sus palabras, pero aquel hecho continuó mortificándome, socavándome mucho. Por fin, a escondidas de mi madre y de mi padre, tomo el camino de Pito, y Apolo me deja ir sin responder a lo que yo deseaba, pero bastante aclara mi mísero destino respondiendo un terrible, horroroso vaticinio,

que había de dormir con mi madre y poner ante los ojos de los hombres una raza execrable, y que había de matar al padre que me engendró. Yo, después de oír esta respuesta, me doy a la fuga, siempre midiendo la distancia que me separa de la tierra de Corinto, al azar de los astros, a lugares adonde no vea nunca realizarse las desgracias de aquel funesto oráculo... En mi camino, llego a un lugar como éste en que tú dices que fue asesinado el rey Layo... (Baja la voz, tembloroso). Y a ti, mujer, te diré la verdad.

800

Cuando estaba yo cerca de la encrucijada que has dicho, un heraldo y tras él un hombre que iba en un carro tirado por potros, un hombre como el que tú

810

²⁶ De aquí deriva el nombre de Edipo "pies hinchados".

²⁷ Esta es una contradicción de Sófocles. El servidor es el que llegó a Tebas para anunciar la muerte de Layo. Ahora Yocasta deja entrever que este servidor se asombra al descubrir a Edipo en el trono.

²⁸ Toda súplica iba acompañada de gestos rituales. Uno era coger la mano de aquel a quien se hacía la súplica, y también abrazarle las rodillas.

describes, se me acercan de frente. Y el heraldo²⁹ que va abriendo paso y el anciano quieren por fuerza echarme del camino; yo, airado, le doy un golpe al hombre que me apartaba, al conductor, pero el anciano, al verme, cuando paso por el lado del carro en mitad de la cabeza me golpea con las dos puntas de su fusta. No recibe de mí la misma pena, sino que, al punto, golpeado por un bastón que sostenía ésta mi mano, cae de bruces en mitad del carro y luego rueda hasta el suelo... Di muerte a todos. Y, si este desconocido tiene algún parentesco con Layo, ¿qué hombre hay más mísero que éste (*señalándose a sí mismo*), en estos momentos? ¿Podría haber hombre más aborrecido por los dioses? Porque, si esto es así, no puede haber ni extranjero ni ciudadano que me reciba en su casa y me dirija la palabra: todos me han de sacar de su casa, y nadie más que yo, contra mí mismo, me habré maldecido de este modo;

820 y con estas dos manos mías ensucio el lecho del muerto, si por ellas ha hallado muerte. ¿Soy un criminal?... ¿Qué hay en mí puro, decidme, si tengo que exiliarme y en el exilio no puedo ir a ver a los míos ni acercarme a mi patria, si no es con el riesgo de entrar en el lecho de mi madre y matar a Pólibo³⁰, mi padre, que me engendró y crió? Si alguien dijera que esto es obra de una cruel divinidad, ¿no acertaría, tratándose de mí?... ¡No, no, santidad venerable de los dioses,

830 que no vea nunca este día! Antes de irme del mundo de los hombres, desaparecer, antes de ver que me ha sobrevenido la mancha de una tal desgracia. CORI.- Príncipe, a nosotros esto nos angustia, pero hasta que no tengas, por el que allí estuvo presente, la certeza, ten esperanza. EDI.- Sí, es la única esperanza que me queda: este hombre, este pastor, si viene.

840 YOC.- Y para cuando esté presente, ¿qué deseas? EDI.- Te lo explicaré: si hallo que dice lo mismo que tú, ya me habré desentendido de mi angustia. YOC.- Y yo, ¿qué he dicho que tanto te interese? EDI.- Tú has hablado de unos salteadores que, según él decía, le mataron. Si él se mantiene que eran varios, entonces no le maté yo, porque no es posible que uno solo sea igual que muchos... Pero si habla de un solo hombre, de un caminante que iba solo, entonces es de toda evidencia que hacia mí se inclina la balanza de este crimen.

850 YOC.- Pues esto es y ya lo sabes, lo que dijo, y no puede ahora hacerse atrás en esto: que toda la ciudad lo oyó y no yo sola. E incluso si no mantiene lo que antes dijo, no por ello será la muerte de Layo congruente, al menos, con el oráculo por el que Loxias dijo que había de morir asesinado por un hijo mío. Y, sin embargo, no pudo él, pobre niño, matarle, porque murió antes. Es por eso que nunca me verás a mí mirar ni a derecha ni a izquierda, por causa de un augurio.

860 EDI.- Es buena tu opinión..., pero, con todo, a este labriego, no dejes de enviar a alguien que lo traiga. 860 YOC.- En seguida enviaré por él, que no sabría hacer

yo nada que no fuera de tu agrado. Pero entremos en palacio.

(*Entran y queda solo, en escena, el coro*)

Estrofa 1

COR.- *Fuera mi destino demostrar una santa pureza en mis palabras y en todos mis actos. Leyes de alto vuelo rigen para ellas, leyes que han nacido allí arriba, en el celeste éter, y cuyo único padre es el Olimpo³¹, que no las engendró el hombre, de naturaleza mortal, y que nunca logrará el olvido adormecer. Porque en ellas hay un dios poderoso, un dios que no envejece.*

Antiestrofa 1

La soberbia engendra al tirano, la soberbia, si vanamente se ha llenado de cantidad de cosas ni oportunas ni convenientes: como quien se ha subido en lo alto de un alero y dura necesidad le lanza adonde no puede servirse de sus pies para huir. Pero, la lucha por el bien de Tebas, ruego a la divinidad que nunca la afloje; a la divinidad que nunca dejará de tener como patrona.

Estrofa 2

Pero si uno va por el mundo con soberbia en sus obras o en sus palabras, sin temer a Dike, sin respetar la sede de los dioses, éste, que se vea presa de un funesto destino por gracia de su desgraciada arrogancia, si injustamente gana sus ganancias, si no se priva de sacrilegios

o, en su locura, si pone mano en lo intocable. ¿Qué hombre, en tales circunstancias, podrá defenderse de los dardos de los dioses, preservando su vida? Si hechos como los que he dicho pueden merecer honor, ¿por qué he de formar coros³², yo?

Antiestrofa 2

No, nunca más iré, respetuoso al intangible ombligo de la tierra ni al templo de Abas³³ ni al de Olimpia, si estos oráculos no se cumplen y todos los mortales han de poder señalarlos con el dedo. Oh, poderoso, si con razón te oyes llamar así, Zeus, señor de todo, no permítas que esto se te oculte, a ti y a tu sempiterno gobierno. Se han consumido los oráculos antiguos de Layo, todos se desentienden de ellos y Apolo no se hace visible a nadie, por más que se le ruegue: se desmorona la fe de los dioses.

(*Sale Yocasta con una esclava*)

YOC.- Principales del país, me ha venido la idea de ir a los templos de los dioses a llevarles, de mi propia mano, estas guiraldas y perfumes; toda clase de angustias en demasía asaltan el ánimo de Edipo, y en lugar de hacer como un hombre prudente, que lo nuevo conjetura por lo ya pasado³⁴, se hace partidario del primero que hable, con tal que hable de temores. En vista de que mis consejos no le hacen mella, vengo a ti suplicante, Apolo Licio, el dios que me es más próximo, con estas ofrendas para que nos libres de toda impureza: ahora vivimos en

³¹ No se refiere al monte, sino a la morada luminosa de los dioses, al cielo mismo.

³² Coros para festejar el culto a Dioniso, a Apolo y a otros dioses. En sentido más amplio la frase significaría: "Por qué mantener los ritos solemnes".

³³ Ciudad focense donde había un templo dedicado a Apolo.

³⁴ Una vez más, el problema latente en la Atenas de Sófocles con respecto a las creencias religiosas en materia de adivinación. Es el momento de la nueva sofística, al influjo de la cual no puede sustraerse el poeta. "Tantear lo nuevo" sería hacer conjeturas valiéndose de la razón.

²⁹ Nombra de tres formas al que parece ser la misma persona: el heraldo, el conductor y el guía.

³⁰ Este es el nudo gordiano de la trama y el momento de mayor ironía trágica en esta obra, en la que constantemente aparecen situaciones irónicas. Edipo se convence de ser asesino de Layo, pero aún no imagina que éste era también su padre.

la angustia todos, al ver a Edipo aterrorizado, como el que en la nave ve temeroso al piloto.

(Pone Yocasta las ofrendas en el altar, ante la estatua de Apolo. Entra un mensajero)

MENSAJERO.- (Al coro). Querría que me informaseis, extranjeros, dónde está el palacio del rey Edipo, y, si lo sabéis, que me dijerais dónde está él.

CORI.- Esta es su casa, y él está dentro, extranjero; pero aquí está su mujer, la madre³⁵ de sus hijos.

MEN.- Feliz sea, y felices los suyos, la cumplida esposa de Edipo.

YOC.- Seas tú también feliz, extranjero, como mereces por tus bellas palabras; pero dinos qué has venido a buscar o qué quieres anunciarnos.

MEN.- Buenas nuevas, señora, para la casa de tu esposo.

YOC.- ¿Cuales son y quién te manda?

MEN.- Vengo de Corinto; lo que al punto te diré es nueva de alegría -¿cómo iba a ser de otro modo?-, pero también puede afligir.

YOC.- ¿Cuál es que pueda tener esa doble virtud? MEN.- Las gentes de Corinto han erigido rey del Istmo a Edipo, según se oía decir allí.

940 YOC.- ¿Cómo? ¿No está en el poder el anciano Pólipo?

MEN.- Desde luego que no, pues la muerte le retiene en su sepulcro.

YOC.- ¿Qué dices? ¿Ha muerto el padre de Edipo?

MEN.- Digo merecer la muerte, si miento.

YOC.- (A la esclava que salió con ella). Corre, ve a decirle esto a tu señor lo más rápido que puedas... (Sale la esclava corriendo hacia palacio) Y ahora, vaticinios de los dioses, ¿dónde estáis? De este hombre huía hace tiempo Edipo, por temor de matarle, y ahora, cuando le tocaba, ha muerto, y no por mano de Edipo. (Sale Edipo).

950 EDI.- Yocasta, mi bien amada esposa, ¿por qué me has mandado recado de salir aquí fuera?

YOC.- Escucha lo que dirá este hombre y observa, cuando le hayas oído, hasta qué punto son venerables los divinos oráculos.

EDI.- Y éste, ¿quién es y qué tiene que decirme?

YOC.- Un corintio que ha venido a anunciarte que Pólipo, tu padre, no vive ya, sino que ha muerto.

EDI.- ¿Qué dices? A ver, extranjero, explícamelo tu mismo.

MEN.- Si mi primera misión es darte, sobre este punto, una embajada exacta, has de saber que sí: el rey ha muerto.

960 EDI.- ¿Víctima de un complot, acaso, o de una enfermedad?

MEN.- El cuerpo de los viejos no resiste el más pequeño achaque.

EDI.- De enfermedad, pues, según parece, ha muerto el pobre.

MEN.- Y por los años de vida que contaba.

EDI.- Ay, ay, ¿por qué, mujer, hay quien recurre a la mansión profética de Pito o a las aves que gritan por el aire? Decían ellos que yo había de matar a mi padre; pues bien, él yace muerto bajo tierra, y yo, heme aquí sin haber tocado una espada... (con ironía y, a la vez, con dolor), si no es que ha muerto de añorarme, que así sí que habría muerto por mi culpa...

970 980 El caso es que ahora está en el Hades, Pólipo, con

toda esta carga de vaticinios que nada valen.

YOC.- No será que yo no te lo haya dicho antes.

EDI.- Me lo decías, sí, pero el temor me perdía.

YOC.- Pues ahora, ya, que ninguno te pese en el ánimo.

EDI.- Sí, pero, ¿cómo no ha de angustiarme, lo de dormir en el lecho de mi madre?

YOC.- ¿Qué puede temer un hombre, dime, si es el azar quien lo gobierna y no hay forma de prever nada de modo cierto? Lo mejor es vivir al azar, como se pueda. En cuanto al lecho de tu madre, no has de temer:

hay muchos hombres que se han acostado con su madre... en sueños³⁶, pero son los que no hacen caso de estas cosas quienes viven mejor.

EDI.- Todo esto que has dicho estaría muy bien, si no estuviera viva la que me dio a luz: pero mientras viva y por muy bien que hables, es del todo forzosa mi angustia.

YOC.- Pero la tumba de tu padre, al menos, bien claro indicio es.

EDI.- Sí, en su claridad estoy de acuerdo; pero yo temo por la viva.

MEN.- ¿Sobre qué mujer versa este temor?

990 EDI.- Sobre Mérope, anciano, la esposa de Pólipo.

MEN.- ¿Y qué pasa con ella que os infunda este pavor?

EDI.- Un divino oráculo, extranjero, un oráculo terrible.

MEN.- ¿Puede decirse o no es lícito que otro lo sepa?

EDI.- Sí: que en otro tiempo Loxias me dijo que yo había de juntarme con mi propia madre, y que con mis propias manos había de derramar la sangre de mi padre; ésta fue la razón por la que, entonces, me alejé lo más que pude de Corinto, mi patria... para bien, sí, pero, con todo, es algo muy dulce poder ver el rostro de los padres.

MEN.- ¿Y por temor de esto que dices estás aquí exiliado de Corinto?

EDI.- Por evitar ser el asesino de mi padre, anciano.

MEN.- Ay, señor, pues yo he venido aquí con buen propósito, ¿por qué no te habré librado ya de este temor?

EDI.- De hacerlo, recibirías de mí la merecida gratitud.

MEN.- El caso es que he venido para que tu regreso a Corinto me valiera alguna recompensa.

EDI.- No, nunca iré a donde estén mis padres.

MEN.- Hijo mío, es bien manifiesto que no sabes lo que haces.

EDI.- Pero, anciano, ¿qué dices? Por los dioses, explícate.

MEN.- Si es por estas razones que te niegas a volver a tu patria...

EDI.- Sí, por temor a que resulte fundado el oráculo de Febo.

MEN.- ¿Para no mancharte con la sangre de tus padres?

EDI.- Eso es, anciano: ésta es la razón por la que siempre he de temer.

MEN.- ¿Ya sabes que, en justicia, no hay nada que temer?

EDI.- ¿Cómo no, si soy hijo de estos padres de que hablamos?

MEN.- Porque a Pólipo no le unía contigo ningún vínculo de sangre.

1020 EDI.- ¿Qué has dicho? ¿No fue Pólipo quien me

³⁵ La pérdida de los recursos orales es sensible en esta frase. Suponemos que el actor haría una pausa, coincidente con la pausa métrica, tras la palabra "madre", acentuando así la ironía trágica.

³⁶ Pasaje de suma importancia para Freud, punto de partida de sus investigaciones.

- engendró?
 MEN.- No más que este hombre (*señalándose a sí mismo*): justo igual.
 EDI.- ¿Cómo puede el que me engendró ser igualado a quien no es nada?
 MEN.- Porque no te engendramos ni él ni yo.
 EDI.- Pero, entonces, ¿por qué me llamaba hijo suyo?
 MEN.- Has de saber que él te recibió como un presente de mis manos.
 EDI.- ¿Y así incluso me amó tanto, habiéndome recibido de otro?
 MEN.- No tenía hijos: esto le indujo a amarte como propio.
 EDI.- ¿Tú me diste a él? ¿Por qué? ¿Me habías comprado o me encontraste?
 MEN.- Te hallé en las selvas del Citerón.
 EDI.- ¿Cómo es que frecuentabas aquellos lugares?
 MEN.- Yo guardaba ganado en aquellas montañas.
 EDI.- ¿Eras, pues, un pastor que iba de un lado a otro, por soldada?
 1030 MEN.- Y quien te salvó, hijo, en aquel tiempo.
 EDI.- ¿Cómo me recogiste? ¿Que dolor tenía yo?
 MEN.- Tus propios tobillos podrían informarte.
 EDI.- ¡Ay de mí! ¿A qué hablar ahora de mi antigua miseria?
 MEN.- Yo voy y te desato: tenías atravesados los tobillos de los dos pies.
 EDI.- ¡Qué mal oprobio recibí de mis pañales!
 MEN.- Y así, de esta desgracia, se te llamó como te llamas.
 EDI.- Pero, por los dioses, dime si me abandonó mi madre o mi padre.
 MEN.- No sé: esto lo sabrá mejor el que te entregó a mí.
 EDI.- Así, ¿no fuiste tú el que me halló? ¿Me recibiste de otro?
 1040 MEN.- No, no te hallé yo: otro pastor te dio a mí.
 EDI.- ¿Quién? ¿Sabrías señalarme quién fue?
 MEN.- Le llamaban, creo, de la gente de Layo.
 EDI.- ¿Del rey, en otro tiempo, de esta tierra?
 MEN.- Eso es: él era boyero del rey que dices.
 EDI.- ¿Y está vivo, todavía? ¿Puedo verle?
 MEN.- (*A los ancianos del coro*). Vosotros lo sabréis mejor que yo, los del país.
 EDI.- Quiquiera de vosotros, los aquí presentes, que sepa de este boyero que dice, que le haya visto en el campo o en la ciudad, que lo declare... Es ya el momento de descubrirlo todo.
 1050 CORI.- Creo que no puede ser más que el pastor al que antes tratabas de ver. Pero ella, Yocasta, podría decírtelo más que yo.
 EDI.- Mujer, ¿sabes tú si el hombre al que hemos mandado venir, es el que este mensajero dice?
 YOC.- ¿Qué importa de quién hable? No hagas caso de todo esto; lo que se ha dicho, créeme, no tomes el vano trabajo de recordarlo.
 EDI.- No, no puede ser: no podría, habiendo recibido estas señales, no poner en claro mi linaje.
 1060 YOC.- No, por los dioses, no. Si algo te importa tu vida, no indagues más. (*Aparte*). ¡Bastante sufro yo!
 EDI.- Ten ánimo, que tú no vas a salir perjudicada ni si yo descubro que soy tres veces esclavo: bisnieto, nieto e hijo de esclavas.
 YOC.- Con todo, créeme, te lo ruego: no hagas nada.
 EDI.- No lograrás hacerme creer que no he de enterarme de todo cabalmente.
 YOC.- Mi consejo es bueno: te recomiendo lo mejor.
 1070 EDI.- Esta ignorancia que tú llamas mejor hace ya tiempo que me tortura.
 YOC.- ¡Ay, malaventurado! ¡Ojalá nunca supieras quién eres!
 EDI.- ¿No habrá, de una vez, quien me traiga aquí a este boyero?... En cuanto a ella, dejadla que se goce en su rico linaje.
 YOC.- ¡Ay! ¡Ay, desgraciado! Este es el único nombre que puedo llamarte, y nunca te llamaré de otro modo. Sale corriendo y entra en palacio, llorosa.
 CORI.- ¿Por que se va así, Edipo, tu mujer, qué tan salvaje dolor la precipita? Temo no reviente, en desgracia, su silencio³⁷.
 EDI.- ¡Que reviente, ya, lo que quiera! Saber, por oscuro que sea, mi origen: ésta es mi decisión irrevocable, aunque ella, como mujer, se sienta herida en su orgullo y se avergüence de mi desconocida ascendencia. Yo, en cambio, no me tengo por deshonorado con considerarme hijo de la Fortuna, de la generosa. De ella he nacido y los meses del tiempo de mi vida me han hecho ora pequeño ora grande 25. Tal soy por mi nacimiento y no podría ya cambiar: siendo así, ¿por qué no saber mi linaje?
 Estrofa
 COR.- *Si soy capaz de adivinar, si puedo emitir una opinión acertada, no, por el Olimpo, Citerón no pasará el plenilunio de mañana*
 1080 *sin que te oigas exaltar como compatriota de Edipo, lugar en que nació y que le alimentó; no dejaremos de celebrarte con nuestras danzas porque has protegido a nuestros reyes. Y a ti, Febo, dios que se invoca con gritos, que te sean éstas agradables.*
 Antiestrofa
¿Qué ninfa, hijo, cuál de las ninfas de larga vida se había acercado a Pan, el padre que fatiga los montes, y te dio a luz?
¿O fue acaso una amante de Loxias? A él cualquier llanura, en el monte, le place. ¿O quizás el señor de Cilene³⁸, o Baco quizá, que habita en las cimas de los montes, tuvo un día la sorpresa de recibirte de una de las ninfas de Helicón con las que tan a menudo se divierte?
 (*Asoma a lo lejos el anciano boyero de Layo, entre dos esclavos. Mientras se acerca, va hablando Edipo*)
 1110 EDI.- Si yo, ancianos, que nunca me traté con él, puedo conjeturarlo, me parece que estoy viendo al boyero que buscamos hace rato. En lo avanzado de su edad concuerda con el descrito por este *hombre (señalando al mensajero)*; por otra parte, conozco que son mis esclavos los que aquí le conducen. Pero, en conocerle, tú seguramente me aventajas, porque tú has visto ya a este boyero, tiempo hace.
 CORI.- Has de saber que sí, le reconozco: era pastor de Layo, fiel como ningún otro.
 EDI.- (*Al mensajero*). Primero he de preguntarte a ti, extranjero corintio, si era éste el hombre al que te referías.
 1120 MEN.- Este, sí, justo el que tienes a la vista.
 EDI.- (*Al pastor, que permanece como ausente, la vista en el suelo, entre los dos esclavos*). Este eres tú, anciano; y ahora mírame y responde a lo que te vaya preguntando: ¿tú eras en otro tiempo de la gente de Layo?
 CRIADO.- Sí, un esclavo, no comprado sino criado en su casa.
 1130

³⁷ Compárese esta salida con la de Deyanira (*Traquínias* v. 814) y la de Eurídice (*Antígona* v. 1245). En todas, el Coro subraya el funesto presagio que supone el silencio.

³⁸ Hermes, del que se cree que nació en el monte Cilene.

- EDI.- ¿Qué trabajo estaba a tu cuidado? ¿De qué vivías?
 CRI.- Lo más de mi vida lo pasaba siguiendo a los rebaños.
 EDI.- ¿Y qué lugares solías frecuentar, especialmente?
 CRI.- Ora en el Citerón, ora en lugares contiguos.
 EDI.- (*Señalando al mensajero*). A éste que está aquí: ¿le trataste nunca?
 CRI.- No hasta tal punto que el recuerdo me permita decirlo ahora mismo.
 MEN.- No hay nada extraño en ello, señor, pero, aunque no me conozca, yo podré, con evidencias, hacerle memoria, porque estoy seguro de que se acuerda de cuando él con dos tebanos y yo con uno fuimos vecinos en la zona del Citerón, tres veces durante seis meses, desde la primavera hasta mediados de septiembre; y ya en el invierno, yo conduje mi rebaño al establo y él a los de Layo. ¿Hablo o no de cosas que han pasado?
 1140 CRI.- Dices verdad, aunque hace ya largo tiempo.
 MEN.- Venga, pues, contesta ahora: ¿recuerdas entonces haberme dado un niño para que yo lo criara como si fuese mío?
 CRI.- ¿Cómo dices? ¿A qué viene hacer memoria ahora de aquello?
 MEN.- (*Señalando a Edipo*). Aquí está, compañero, aquel que era entonces un niño.
 CRI.- (*Amenazándole con un bastón*). ¡Maldito seas, no podrás callar!
 EDI.- No, anciano, no; no le amenaces; tus palabras, más que las tuyas, son dignas de amenaza.
 CRI.- Oh, tú, el mejor de los señores, ¿cuál es mi falta?
 1150 EDI.- No reconocer al niño que él te recuerda.
 CRI.- Es que habla sin saber, para afligir por nada.
 EDI.- Pues si te lo piden por favor no hablas, con gritos hablarás.
 CRI.- No, por los dioses te ruego, no maltrates a un viejo como yo.
 EDI.- Rápido, que alguien le ate las manos a la espalda.
 CRI.- Infortunado de mí, ¿por qué causa? ¿Qué más quieres saber?
 EDI.- Si le diste a él el niño de que habla.
 CRI.- Sí, se lo di, y ojalá hubiera muerto aquel día.
 EDI.- Llegarás a morir, sí, si no dices lo que debes.
 CRI.- Y si hablo, con mucha más razón he de morir.
 EDI.- El hombre éste, está claro que quiere darle largas al asunto.
 1160 CRI.- No por mí, desde luego; pero ya te dije que sí se lo di.
 EDI.- ¿De dónde lo sacaste? ¿Era tuyo o de algún otro?
 CRI.- No, mío no era: lo recibí de otro.
 EDI.- ¿Había nacido bajo el techo de algún ciudadano de Tebas?
 CRI.- No, por los dioses, señor, no indagues más.
 EDI.- Eres hombre muerto, si he de preguntártelo de nuevo.
 CRI.- Había nacido en la familia de Layo.
 EDI.- ¿De un esclavo o de quién, de su familia?
 CRI.- ¡Ay de mí, que he llegado al punto más terrible de lo que he de decir!
 1170 EDI.- Y yo al de lo que he de oír; con todo, hay que oír.
 CRI.- Era hijo de Layo... se decía. Pero ella, tu mujer, la que está dentro, te lo podrá decir mejor que yo, lo que ocurrió.
 EDI.- ¿Fue ella la que te lo entregó?
 1180 CRI.- Justamente, señor.
- EDI.- ¿Y con qué finalidad?
 CRI.- Para que lo hiciera desaparecer.
 EDI.- ¡Ella, pobre, que lo había dado a luz!
 CRI.- Lo hizo angustiada por funestos oráculos.
 EDI.- ¿Cuáles?
 CRI.- Se decía que él sería la muerte de sus padres.
 EDI.- Mas tú, ¿como se lo diste a este anciano?
 CRI.- Por lástima, señor, porque pensé que se lo llevaría a otra tierra, por donde él era, y él, sí, se salvó, pero para funestísimas desgracias. En cuanto a ti, si eres el que él dice,
 has de saber que tú eres el que nació malhadado.
 EDI.- ¡Ay, ay! Todo era cierto, y se ha cumplido. ¡Oh luz!, por última vez hoy puedo verte, que hoy se me revela que he nacido de los que no debí, de aquellos cuyo trato debía evitar, asesino de quienes no podía matar.
 (*Entra en palacio y, con él, sus esclavos y el mensajero. Se va el que fue criado de Layo*)
 Estrofa 1
 COR.- ¡Ay, generaciones de los hombres, cómo calculo que vuestra vida y la nada son lo mismo!³⁹ ¿Quién, qué hombre llega a tanta cuanta felicidad pudo imaginar, si no es para ver declinar lo que imaginó? Teniendo como ejemplo tu destino, el tuyo, sí, Edipo miserable, no hay en el mortal nada porque pueda llamarle feliz.
 Antiestrofa 1
 Un hombre que lanzó su flecha⁴⁰ más lejos que nadie y se hizo con una total, bienaventurada dicha, oh, Zeus, y que tras matar a la doncella de corvas garras, a la Esfinge de oraculares cantos, se erigió como una torre protectora de los muertos de esta tierra; por ello, Edipo, se te llamé rey mío y, señor de la grandeza de Tebas, recibiste las mayores honras.
 Estrofa 2
 En cambio, ahora, ¿quién más triste que tú podría oír llamar? ¿Quién por más salvaje ceguera se halla en el dolor, por un cambio de vida: quién? ¡llo, ilustre Edipo! Te ha bastado a ti, su hijo, para fondear en él como esposo, el puerto mismo que a tu padre: ¿cómo?
 1190 ¿Cómo pudo el surco que había sembrado tu padre⁴¹ soportar, desgraciado, hasta tal punto, en silencio?
 Antiestrofa 2
 Te ha descubierto, a tu pesar, el tiempo que todo lo ve, y castiga una boda que no puede ser boda, que engendre el que antaño fue engendrado. ¡llo, hijo de Layo! ¡Ojalá, ojalá nunca te hubiera conocido, que por ti fluyen de mi boca alaridos de desolación!
 Te digo la verdad: por ti recobré mi aliento, un día⁴², pero hoy contigo mis ojos buscan el sueño.
 (*Sale de palacio el mensajero*)
 MEN.- Vosotros, ancianos, los más venerables de esta tierra, ¡qué actos habréis de oír, qué habréis de ver, cuánto dolor habréis de soportar si, por fidelidad a vuestra sangre, os preocupáis aún por la estirpe de los Labdácidas! Ni el Istro ni el Fasis⁴³, con todas sus aguas, bastarían, creo, para purificar esta casa de cuanto esconde, de los males que ahora saldrán a la luz, queridos, no involuntarios.
 1200
 1210
 1220
 1230

³⁹ Este Coro desarrolla el tema de lo vano de la vida humana.

⁴⁰ Es decir, que acertó la respuesta de la Esfinge.

⁴¹ Imagen que nos parece más desgarrada de lo que parecía a los griegos, y muy repetida (v. 1257, 1485, 1497).

⁴² Cuando se produce la destrucción de la Esfinge.

⁴³ Son los ríos Danubio y Rión que desembocan en el Mar Negro.

De los sufrimientos los que más afligen son los que uno mismo ha escogido.

CORI.- Los que ya sabíamos bastaban para afligirnos profundamente: ¿qué puedes añadir a ellos?

MEN.- Sólo unas palabras; un momento oírlas y un momento escucharlas: la noble Yocasta ha muerto.

CORI.- ¡Oh, desgraciadísima!, y ¿a causa de qué?

MEN.- Se ha suicidado. Y tú te ahorras lo más doloroso de este suceso porque no está a tu vista; con todo, hasta donde llegue mi memoria, podrás saber los sufrimientos de aquella infortunada.

1240 Apenas ha atravesado el vestíbulo se precipita, furiosa, poseída, al punto hacia la habitación nupcial, arrancándose los cabellos con ambas manos; entra, cierra como un huracán las puertas y llama por su nombre a Layo, fallecido hace tanto tiempo, en el recuerdo del hijo que antaño engendró y en cuyas manos había de hallar la muerte; a Layo, que había de dejar a su hijo la que le parió, para que tuviese de ella una siniestra prole. Gemía sobre la cama en la que había tenido, de su marido, un marido, e hijos de su hijo...

1250 Después de esto, no sé ya cómo fue su fin, porque se precipitó, gritando, Edipo entre nosotros, y por él no pudimos asistirle a ella en su triste final: en él fijamos todos nuestros ojos, con ansia, viéndole volverse, ir y venir, pidiéndonos un arma, pidiendo que le digamos dónde esta su mujer; no su mujer, aquella madre doble, tierra en que fueron sembrados él y sus hijos. Estaba fuera de sí y algún dios se lo indicó, que no se lo indicó

1260 ninguno de los que estábamos a su vera; horrible grita y como si alguien le guiara se abalanza contra la doble puerta, de cuajo arranca la encajonada cerradura y se precipita dentro de la estancia; allí colgada la vimos, balanceándose aún en la trenzada cuerda... Cuando la ve, Edipo da un horrendo alarido, el miserable, afloja el nudo de que pende; después, el pobre cae al suelo, e insoportable en su horror es la escena que vimos: arranca los alfileres de oro con que ella sujetaba sus vestidos, como adorno, los levanta y se los clava en las cuencas de los ojos,

1270 gritando que lo hacía para no verla, para no ver ni los males que sufría ni los que había causado: "Ahora miraréis, en la tiniebla, a los que nunca debisteis ver, y no a los que tanto ansiasteis conocer"; como un himno repetía estas palabras y no una sola vez se hería los párpados con esos alfileres; sus cuencas, destilando sangre, mojaban sus mejillas; no daban suelta, no, a gotas humedecidas de sangre, sino que le mojaba la cara negro chubasco de granizo ensangrentado. De dos y no de sólo uno:

1280 de marido y mujer, de los dos juntos, ha estallado este desastre. La antigua ventura era ayer ventura, ciertamente, pero hoy, en este día: gemido, ceguera, muerte, vergüenza, cuantos nombres de toda clase de desastres existen, sin dejar ni uno.

CORI.- Y el pobre Edipo, ahora, ¿se siente algo aliviado de su mal?

MEN.- A gritos dice que descarran las cerraduras de las puertas y que muestren a todos los cadmeos un parricida, un matricida, y sacrilegios tales que no puedo yo repetir. Quiere arrojarle a sí mismo de su tierra,

1290 dice que no puede permanecer en su casa, maldecido por sus propias maldiciones, que necesita, al menos, de la fuerza de alguien que le guíe: su infortunio es insoportable para él solo. Pero él mismo te lo explicará, que veo que se abren las puertas: el espectáculo que

1300

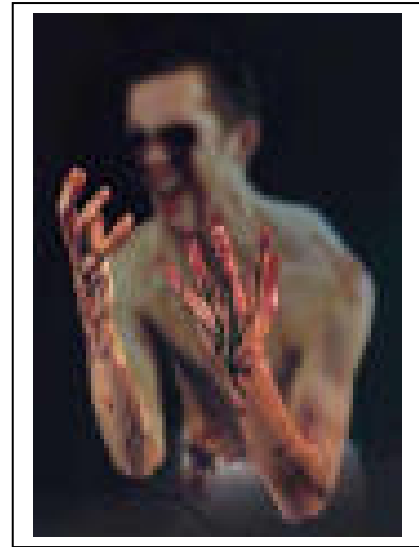
vas a ver es tal que hasta a uno que le odiara apenasaría. (*Aparece, vacías las cuencas de sus ojos, el rostro ensangrentado, Edipo*)

COR.- ¡Oh, qué atroz sufrimiento, apenas visible para un hombre! Esta es la más atroz de cuantas desgracias he topado, en mi vida. Infeliz, ¡qué locura te vino!

Sobre tu destino desgraciado, ¿qué dios ha dado un salto mayor que los más grandes⁴⁴?

¡Ay, mísero, ni mirarte puedo, aunque querría, sí, preguntarte tantas cosas, saber, verte, tanto...! pero, ¡es tal la angustia que me infundes!

1310 EDI.- ¡Ay ay, ay ay! ¡Ay! ¡Ay, desgraciado de mí, infeliz! ¿adónde voy? ¿Adónde, arrebatada, vuela mi voz? Destino mío,



¿adónde me has precipitado?

CORI.- Es un horror que no puede oírse ni verse.

Estrofa 1

EDI.- ¡Nube, ay, de sombra, abominable, que sobre mí te extiendes, indecible, inaguantable, movida por vientos que me son contrarios! ¡Ay de mí y ay de mí de nuevo! ¡Cómo clava en mí su aguijón el recuerdo de mis males!

CORI.- A nadie puede sorprender, si en tus males doblas tus quejas, pues doble es la desgracia que te aqueja⁴⁵.

Antiestrofa 1

EDI.- Oh, amigo, tú eres aún mi compañero, el único que me queda: tú aún te preocupas de este ciego. ¡Ay, ay! No, no te creas que no reconozco tu voz: claramente la identifico, a pesar de mis sombras.

CORI.- ¡Oh, qué horrible lo que has hecho! ¿Cómo has podido marchitar así tus ojos? ¿Qué dios te ha empujado a ello?

Estrofa 2

1330 EDI.- Apolo, Apolo ha sido, amigos, el que mis sufrimientos ha culminado tan horrorosa, horrorosamente... pero estas cuencas vacías no son obra de nadie, sino mía, ¡mísero de mí! ¿Qué había de ver, si nada podía ser ya la dulzura de mis ojos? CORI.- Sí, así era, justo como dices.

EDI.- ¿Qué podía ya ver que me fuera grato? ¿A quién podía preguntar cuya respuesta pudiera, amigos, oír con placer? Echadme lejos, lo más lejos que podáis,

1340

⁴⁴ Otra idea repetida: que la divinidad manda sufrimientos mayores que lo que se cree puede soportar el hombre.

⁴⁵ Los dolores físicos, de un lado, y los que soporta interiormente.

echad a esta ruina, amigos, a este hombre tan maldecido, al más odiado por los dioses.

CORI.- Te torturas pensando y acreces tu desgracia. ¡Cómo preferiría no haberte conocido!

Antiestrofa 2

1350 EDI.- ¡Mala muerte tenga, el que fuera que en el prado me cogió

por los grillos de los pies y me libró de la muerte, devolviéndome así la vida! Nada hizo que deba agradecerle: de haber muerto entonces nunca hubiera sido el dolor de mis amigos, el mío propio.

COR.- También yo querría que hubiese pasado así.

1360 EDI.- Nunca hubiera llegado a asesinar a mi padre ni me hubiera llamado esposo de aquella por la que tuve la vida. En cambio, ahora, heme aquí, abandonado por los dioses, hijo miserable de impurezas, que he engendrado en la mujer a la que debía mi vida. Si puede haber un mal peor que el mismo mal, éste ha tocado a Edipo. 1430

CORI.- Se me hace difícil decirte que lo que has decidido es cierto: mejor que vivir así, ciego, estuvieras muerto.

1370 EDI.- ¿No es quizá lo mejor, lo que he hecho? No me vengas con lecciones ni con consejos, encima.

Yo no sé, de tener ojos, como hubiera podido mirar a mi padre cuando vaya al Hades, ni a la pobre de mi madre, porque ahorcarme no es bastante para purgar los crímenes que contra ellos dos he cometido. Y además, ¿podía deleitarme en mirar a mis hijos, nacidos del modo en que han nacido? No, nunca: esto no podía ser grato a mis ojos, ni esta ciudad, ni estas murallas, ni estas sagradas imágenes de los dioses. 1440

1380 Yo, mísero, el más noble hijo de Tebas, me privé a mí mismo de esto, yo que decreté que todos repelieran al sacrílego, a aquel cuya impureza mostraban los dioses... ¡y del linaje de Layo!

Y yo, tras haber sacado a relucir una mancha como la mía, ¿podía mirar a los tebanos cara a cara? No, ciertamente, que si hubiera podido cerrar la fuente que permite oír por los oídos no me hubiese arredrado, no, por incomunicar el cuerpo de este miserable: así, además de ciego, fuera sordo: ¿no es dulce poder pensar alejado de los males? 1450

1390 oh, Citerón, ¿por qué me acogiste? ¿Por qué, cuando me tenías, no me mataste al punto? Así jamás hubiera revelado mi origen a los hombres. ¡Oh, Pólipo! ¡Corinto y la casa de mi padre, decían! ¡Qué belleza -socavada de desgracias- criasteis! Y ahora descubro, desgraciado, que vengo de infelices. ¡Ay, tres caminos, soto escondido, encrucijada estrecha! Vosotros bebisteis la propia sangre mía que mis manos 1460

1400 vertieron, la de mi padre. ¿Os acordáis de los crímenes que cometí a vuestra vista y de los que cometí, otra vez, llegado aquí? Bodas, bodas que me habéis hecho nacer y, nacido, habéis suscitado por segunda vez la misma simiente, mostrando padres hermanos e hijos entre sí, todos del mismo linaje, y una novia esposa y madre... En fin, el máximo que de vergüenza pueda haber entre los hombres.

Pero, vamos, hay cosas que no es decoroso haberlas hecho, pero no menos lo es hablar de ellas. Venga, rápido: por los dioses, escondedme lejos en algún lugar, 1470

1410 matadme o arrojadme al mar, adonde no tengáis que verme ya más. ¡Vamos!, dignaos tocar a este miserable; creedme, no temáis: mis males, no hay ningún mortal que pueda soportarlos, salvo yo. 1480

1420

CORI.- De lo que pides, ahora viene a propósito Creonte, que podrá hacer y aconsejar, pues él es el único guardián de esta tierra, que ha quedado en tu lugar.

(*Entra Creonte*)

EDI.- Ay de mí, ¿qué podré decirle? ¿Qué confianza puede mostrarme, si hace un momento me he presentado ante él tan desconfiado?

CRE.- No he venido a hacer burla de ti, Edipo, ni a echarte en cara los insultos de hace un rato. (*Al coro*). Pero vosotros, si no os angustia este mortal linaje, respetad al menos la luz del soberano Sol que todas cosas nutre y no le mostréis así a este sacrílego: hoy, que no pueden ni la tierra, ni la sagrada lluvia, ni la luz aceptarle. Venga, pues, rápido, acompañadle a su casa: son los de su propio linaje, solamente, los que por piedad han de oír las desgracias de su estirpe.

EDI.- Pues así vienes a calmar mi ansia, tú, excelente, ante este hombre tan ruin, escúchame, que lo que voy decirte es en tu interés y no en el mío.

CRE.- ¿Qué necesitas, que te mueva así a rogarme?

EDI.- Que me echés de esta tierra lo antes posible, adonde mortal alguno me dirija jamás la palabra.

CRE.- Debes saber que ya lo habría hecho, esto, si no hubiera querido saber antes qué vaticinaba el dios que convenía hacer.

EDI.- Pero bastante clara ha dado él ya su sentencia: el parricida, el impío que yo soy, que muera.

CRE.- Así se pronunció, sí, en efecto; sin embargo, dada nuestra embarazosa situación, mejor es saber qué hemos de hacer.

EDI.- Así pues, por un hombre tan mísero como yo, ¿consultáis al oráculo?

CRE.- Sí, y ahora sí habrás de poner tu fe en el dios.

EDI.- Sí, y te encargo y te suplico que a la que está dentro de la casa⁴⁶ le tributes las exequias que tú quieras: es de tu familia y así obrarás rectamente. En cuanto a mí, no me consideres digno de vivir en esta ciudad de mis padres, de detentar la ciudadanía; no, antes déjame vivir en los montes, en aquel Citerón famoso por ser mi cuna y que mi padre y mi madre, cuando los dos vivían, me asignaron como propia tumba: así podré morir como ellos querían que muriese. Con todo, tengo la certeza de que ni enfermedad ni nada así puede acabarme, pues no hubiera sido salvado de la muerte, de no ser para algún terrible infortunio. Es igual: que vaya por donde quiera mi destino. Pero mis hijos, Creonte, no te pido que te aflijas por los varones, que son hombres, de modo que no ha de faltarles, donde quiera que estén, de qué ir viviendo... Pero mis dos pobres, lamentables hijas... Para ellas siempre estaba parada y servida la mesa, pero ahora, sin mí... En todo lo que yo tocaba, en todo tenían ellas parte... De ellas sí te ruego que cuides... Y déjame que puedan mis manos tocarlas, lamentando su mala fortuna.

(*Hace Creonte señal a un esclavo para que vaya a buscarlas y las saque allí*)

Ah, príncipe, noble príncipe: si pudiera sentir en ellas mis manos me parecería tenerlas como antes, cuando podía ver.

(*Entra el esclavo con Antígona e Ismene*)

1470 Mas, ¿qué digo? ¿No estoy oyendo a mis dos hijas, 1480 lamentándose? Por los dioses, Creonte ha tenido,

⁴⁶ Yocasta, cuyo nombre no osa pronunciar.

pues, piedad de mí y ha hecho venir a mis dos amadísimas hijas: ¿digo bien?

CRE.- Sí, dices bien: yo lo he dispuesto así porque me he dado cuenta del deseo que tienes y tenías, hace rato.

EDI.- (A Creonte). Bienaventurado seas, y en recompensa a haberlas hecho venir, que te guarden los dioses mejor de lo que a mí me guardaron. (Palpando en la oscuridad, hacia sus hijas). ¿Dónde estáis, hijas? Venid aquí,

acogeos a estas manos mías, las del hermano que procuró al padre que os ha engendrado la vaciedad que veis en los ojos que tenían antes luz; al padre que os hizo nacer a vosotras, hijas mías, sin darse cuenta, sin saber nada, del mismo lugar de donde él había sido sacado. Por vosotras lloro, que no puedo miraros, al pensar en la amarga vida que os espera, en la vida que os harán llevar los hombres, porque, ¿a qué reunión de los demás ciudadanos podréis asistir? ¿A qué fiesta que no hayáis de volver llorando

1490 a casa en vez de disfrutar de sus espectáculos? Y cuando lleguéis a la edad de casaros, ¿qué hombre puede haber, hijas, que cargue con el peso de estos oprobios que serán vuestra ruina, como fueron la de mis padres? ¿Qué desgracia falta? Vuestro padre ha matado a su padre y ha sembrado en la que le parió, en la que él había sido sembrado, y os ha tenido de las entrañas mismas de las que él había salido. Estos oprobios tendréis que oíros; y así, ¿quién querrá casarse con vosotras?

1500 Nadie, no hay duda, hijas, y tendréis que consumiros en la esterilidad, solteras...

(A Creonte). Tú, hijo de Meneceo, pues eres el único que queda para hacerles de padre, muertos ya como estamos su madre y su padre, los dos, no permitas que ellas que son de tu sangre vaguen sin marido que las libre de la pobreza. No quieras igualarlas a mis infortunios. No, Creonte, apiádate de ellas pues las ves así, tan jóvenes y privadas de todo, si no es por lo que a ti te tocan. Consiente a mi ruego, noble Creonte, y, en señal de ello, toca con tu mano la mía.

1510 (Estrecha Creonte la mano de Edipo)

Y a vosotras, hijas mías, si tuvieseis edad de comprenderme, yo os daría muchos consejos... Ahora, rogadles a los dioses, que, donde quiera que os toque vivir, tengáis una vida mejor que la que tuvo vuestro padre.

CRE.- Ya basta con el extremo a que han llegado tus quejas. Ahora entra en casa.

EDI.- He de obedecer, hasta si no me gusta.

CRE.- Todo lo que se hace en su momento está bien hecho.

EDI.- Iré, pero ¿sabes con qué condición?

CRE.- Si me lo dices, podré oírla y la sabré.

EDI.- Que me envíes lejos de Tebas.

CRE.- Me pides algo cuya concesión corresponde a Apolo.

EDI.- Pero a mí me odian los dioses.

CRE.- Pues, entonces, sin duda lo obtendrás.

EDI.- ¿Tú crees?

CRE.- No suelo hablar en vano, diciendo lo que no pienso.

1520 EDI.- Venga, pues: ahora, échame de aquí.

CRE.- De momento, deja a tus hijas y ven.

EDI.- ¡No, no me las quites!

CRE.- No quieras mandar en todo. Venciste muchas veces, pero tu estrella no te acompañó hasta el final de

1530 tu vida.

(Entran Edipo y Creonte, con los esclavos, en palacio. Un esclavo se lleva a Antígona e Ismene. Va desfilando el coro mientras el Corifeo dice las últimas palabras)

CORI.- Habitantes de mi patria, Tebas, mirad: he aquí a Edipo, que descifró los famosos enigmas y era muy poderoso varón cuya fortuna ningún ciudadano podía contemplar sin envidia; mirad a qué terrible cúmulo de desgracias ha venido. De modo que, tratándose de un mortal, hemos de ver hasta su último día, antes de considerarle feliz sin que haya llegado al término de su vida exento de desgracias.